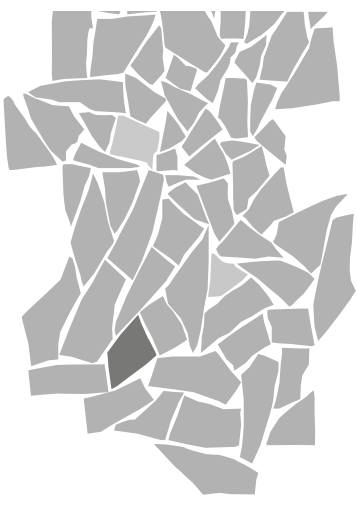
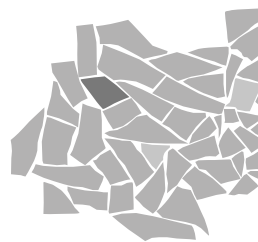




Andana
editorial



Col·lecció
TRENCAVIS



Aitana té 100 k, de Santi Baró, obtuvo el premio de narrativa juvenil Ciutat de Picassent 2023.



Premi de narrativa juvenil
Ciutat de Picassent

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura

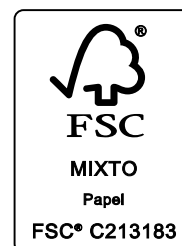


Título original: *Aitana té 100 k*
© del texto: Santi Baró, 2023
© de la traducción: David Guinart, 2025
Cubierta e ilustraciones: Pere Fuster
Revisión lingüística: Leticia Oyola

© de esta edición: Andana Editorial, 2025
Av. Aureli Guaita Martorell, 18
46220 Picassent
andana@andana.net
www.andana.net

1.ª edición: agosto de 2025
ISBN: 978-84-19913-83-8
Depósito legal: V-2535-2025
Impreso en Gràfiques Martí

Queda prohibida la reproducción y transmisión, total o parcial de este libro bajo cualquier forma o medio, electrónico o mecánico, sin el permiso de los titulares del copyright y de la empresa editora. Todos los derechos reservados.

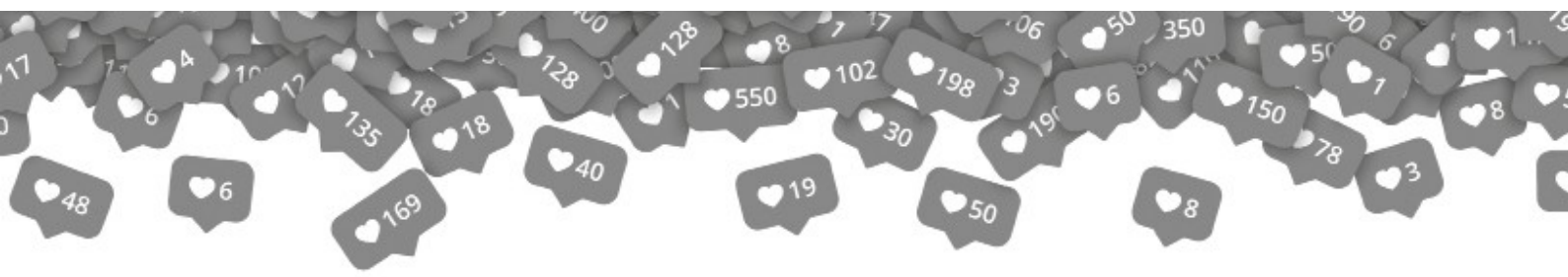




Aitana
tiene

100K

Santi Baró



La idea fue mía, supongo que te acordarás: estábamos sentadas, apoyadas en el muro del colegio, almorzábamos a la hora del recreo, el Cuadrado acababa de chutar una pelota que había impactado con violencia demasiado cerca, tú perdiste los nervios, te levantaste agitando los brazos como un espantapájaros y le gritaste que a ver qué cojones pasaba con la pelotita. Él se defendió diciendo que la culpa era nuestra por ponernos tan cerca de las porterías y tú te exaltaste todavía más.

—¿Cerca? ¿Cerca? —gritaste mientras las señalabas con rabia—. ¡Pero si están a más de quinientos metros! ¿Qué culpa tenemos nosotras de que tengas la puntería en el culo!

Estábamos lejos del campo de futbito, cierto, pero exagerabas: no había quinientos metros ni contados con palmos de Bilbao. En lo de que el Cuadrado era malo jugando sí que no exageraste. Bueno, nosotras no es que fuésemos grandes entendidas en la materia, pero oíamos decir que, quieras que no, el fútbol, tanto el más humilde y privado que solo afectaba a nuestro colegio como el que hace sufrir a medio mundo —que si el City, que si el Barça, que si el Valencia y compañía—, es

una asignatura de la vida, y el Cuadrado, según decían, no afinaba lo suficiente.

Nos quedamos mirándolo en silencio mientras volvía al campo con aquella manera de andar, tan suya y tan bizca, y, aunque no se disculpó, te volviste a sentar sin reprocharle nada más. Se hizo un silencio entre tú y yo, durante el cual seguramente pensábamos lo mismo, que nosotras dos no formábamos parte de la élite de chicas por las que sí habría valido la pena una disculpa del Cuadrado: Laura, Eva, Roser, Victoria... No, nosotras éramos de tipo invisible, pero nos daba igual. Teníamos como un pacto con las populares: a ellas no les gustábamos, y ellas a nosotras tampoco, pero no nos molestábamos, ya lo sabes. En el instituto no pasaban todas esas cosas que sí pasan en las series de adolescentes de Netflix, eso tan típico y cliché de que las populares ridiculizan y acosan a las que no lo son; no, nosotras dos éramos como Maeve de Sex Education: íbamos a lo nuestro y nos daba lo mismo lo que dijesen o pensasen; nosotras éramos dos, un equipo, habíamos nacido juntas y siempre nos teníamos la una a la otra, nos complementábamos, tú con tu carácter y yo con el mío. Aitana y Tina, tú y yo. Sin traumas.

¿Te acuerdas de cuando de pequeñas decíamos que nos casaríamos? Nuestros padres se reían y se lo tomaban como un juego infantil, de niñas. Sin embargo, yo a veces todavía pienso en ello porque estoy convencida de que nunca encontraré a nadie como tú con quien compartir mi vida. Y es que te quería, te quería mucho, Aitana.

Un día lo hablamos, así de repente. Estábamos en tu habitación, y soy incapaz de recordar qué hacíamos, pero enumeraré unas cuantas posibilidades y seguro que acertaré: escuchar música y hablar, hacer los deberes y hablar, bailar y hablar, jugar al Uno y hablar, mirar stories del Insta y hablar... Y de repente me lo preguntaste: si me acordaba de cuando nos queríamos casar, que habíamos llegado a organizar una boda cuando teníamos cinco años y todo. Claro que me acordaba. Nos pasamos una tarde haciendo las invitaciones con unas cartulinas rosas recortadas en forma de corazón con nosotras dos vestidas de novia con cola larga y cogidas de la mano. El dibujo lo hice yo; tú no sabes dibujar. Aquella tarde que me preguntaste si me acordaba de cuando nos queríamos casar y yo me puse a reírme mucho y confesé que sí, que lo pensaba a menudo, y tú pusiste esa cara, mezcla de asustada y contenta, nos reímos mucho. Sobre todo cuando me acerqué a tus labios y te dije que lo primero que teníamos que hacer era darnos un beso si queríamos casarnos. Y, antes de que me diera tiempo a reírme, exageraste todavía más la expresión, horrorizada. ¿Qué teníamos? ¿Catorce años? Después te tumbaste bocarriba con la cabeza sobre el cojín y, mirando a la pared como si contaras estrellas imaginarias, me dijiste que si me daría asco. Tardé en reaccionar, y tú matizaste de manera maliciosa aquella pregunta; si me dabas asco tú, me dijiste. Y me descolocaste. Yo nunca había dado un beso; tú sí, pero yo todavía no. Tú te habías morreado con Dani en aquella fiesta de Nochevieja, nuestra primera Nochevieja de doce a tres de la madrugada en casa de los Martell y en la

que antes de las tres ya estaban llamando a todos los padres para que nos fueran a buscar. ¿Me estabas pidiendo que te morreara? ¿Me estabas confesando que te gustaba de aquella otra manera y que eras bisexual? Tardé tanto en decirte algo, y debí de haber puesto una cara que tú no soltabas la presa: que a qué esperaba, que sí o que no, que si me dabas asco o no, que era así de simple, blanco o negro, me dijiste. Gris, te contesté como si te anunciara un jaque mate, contundente y seco. Que no me dabas asco, pero que tampoco me apetecía, que te quería mucho y te quería tanto que si querías ese beso te lo iba a dar, que cerrases los ojos... Y, si no te hubieras partido de risa, te habría besado, porque yo, ya lo sabes, era incapaz de negarte nada que te pudiera hacer feliz. ¿Y qué importancia tenía para mí regalarle mi primer beso a la persona que más quería aunque viviese en un sexo equivocado? Te echaste a reír y yo me enfadé, poco rato, ya lo sabes: nuestros enfados eran así, como una llovizna de esa que ni moja. Y así, salpicadas, pero risueñas, te eché en cara que por qué me habías tomado el pelo, y tú me contestaste que uno a uno, que íbamos uno a uno, y tenías razón, porque yo te había hecho algo parecido un rato antes.

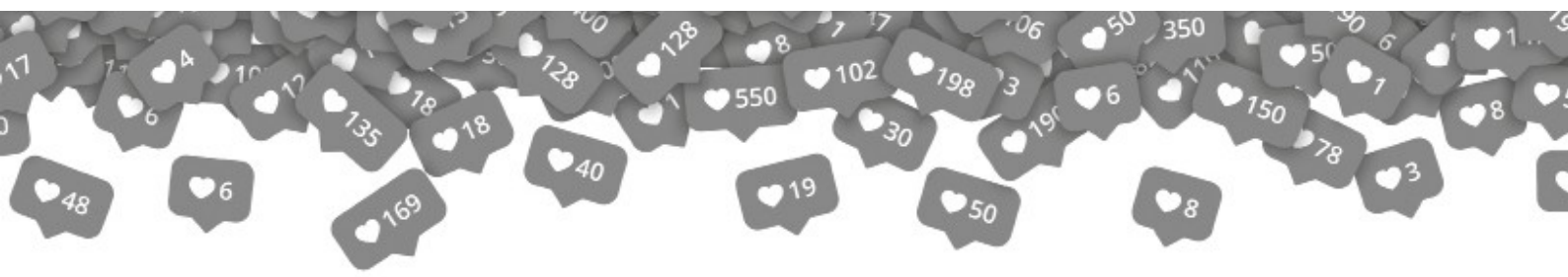
Te quería mucho, Aitana, y por eso todavía ahora lamento que la idea fuera mía. Te habías terminado tu bocadillo, tú siempre acababas después, y habías puesto tu lista de música en el móvil, mientras esperábamos el timbre de vuelta a clase; ya sabes a dónde quiero ir a parar. De repente, sonó la canción *Fucking money man*, de Rosalía, y empezaste, como posesa, a seguir la melodía solo con la cabeza; no movías



nada más que los ojos y los labios y las cejas, y la cabeza a un lado y al otro; lo hacías como desganada, sin seguir el ritmo; bueno, sí, sí que lo seguías, pero de aquella manera, como obligada, como si te durmieras, y yo, impulsivamente, ya lo sabes, te grabé... De repente se disparó la melodía, llegó el estribillo que da nombre a la canción y tú reaccionaste como asustada, abriste los ojos como platos y miraste hacia un lado y arrancaste a moverte de una manera exagerada —ojos, labios, cejas y cabeza— y mirabas aquí y allá, y yo me tenía que aguantar las ganas de reír que me provocabas porque te estaba grabando, y cuando acabaste soltaste un suspiro, como si te deshincharas, como si te hubieran hecho un exorcismo, y entonces ya no me pude aguantar más y me meaba de la risa, y tú también cuando lo viste...

—¡Pásamelo! ¡Pásamelo! —conseguiste decirme mientras se nos saltaban las lágrimas y nos agarrábamos la barriga de tanto reírnos.

Y sonó el timbre de vuelta a clase, tú subiste el vídeo a Instagram y yo me empecé a quedar sin lo que más quería, sin ti. Acabábamos de dar, sin saberlo, el primer paso de todo el estropicio que vendría después; dieciséis años de la amistad más blanca se comenzaban a oscurecer, y ahora que lo escribo un pellizco me encoge el vientre, muy adentro.



2

Tenías fama de cerrada, pero no lo eras en absoluto. Seleccionabas muy bien con quién abrirte y cuando lo hacías te dabas con el corazón, así de sencillo. Yo tuve la suerte de que conmigo lo hiciste desde muy pequeña y lo disfruté todos aquellos años. Es complicado poner fecha de inicio a nuestra historia, escoger un punto en el curso del tiempo y marcarlo con rojo. Coincidió que nuestros padres nos llevaron al mismo jardín de infancia y después al mismo cole también. Bueno, nuestro pueblo marinero tampoco es tan grande, y, por lo tanto, no podemos catalogar como una gran coincidencia que acabara pasando. Vivimos a dos manzanas y los niños y niñas del barrio del Port acaban todos en Horta Vella, nuestra escuela primaria. Ninguna coincidencia. Nos acercamos porque encontramos la una en la otra una cosa de las que no se pueden ver con los ojos ni tocar, y de esta manera hicimos crecer toda una serie de primeras veces cogidas de la mano. No, no eras cerrada, pero creo que tus sonrisas primigenias te las guardaste para mí. Recuerdo la primera vez que me invitaste a dormir en tu casa y éramos tan pequeñas que nuestros padres alucinaban con que ya socializáramos así, como si fuésemos mayores.

¿Qué teníamos? ¿Cinco o seis años? Aún alucinaron más los tuyos cuando de madrugada tuvieron que entrar en tu habitación para pedirnos que nos calláramos de una vez. Me dio mucho miedo tu padre, y es que si te riñe una persona extraña se te remueve todo por dentro y te sientes muy avergonzada, o algo peor todavía. Me aguanté las ganas de llorar hasta que se fue, y entonces tú me abrazaste y me dijiste que no pasaba nada, que tu padre chillaba a veces, pero que no pasaba nada, que no habíamos hecho nada mal, y me tranquilizaste al instante.

Al día siguiente, mientras desayunábamos y tu padre parecía no acordarse, o así lo fingía, me sorprendiste todavía más.

—Papá, que sepas que esta noche has hecho llorar a nuestra invitada —le dijiste tal cual, y eso no lo hacen las personas que son cerradas, y menos si tienen cinco o seis años.

Tu padre se me quedó mirando, me pidió perdón y se excusó como si lo hiciera ante una persona adulta, y eso me hizo sentir muy bien. Después pasamos la mañana viendo el DVD de El libro de la selva hasta que mis padres nos vinieron a buscar y nos dieron una alegría más grande. Resulta que ya habían tramado entre ellos que íbamos a comer todos juntos, también tu hermano y el mío, y aquello fue aún más emocionante. Creo que durante la comida fue cuando tú dijiste por primera vez que nos casaríamos cuando fuésemos mayores, y tu hermano nos llamó «tortilleras» y tu madre le riñó —que cómo se le ocurría decirles eso a dos niñas tan pequeñas—, y entonces yo pregunté que qué quería decir «tortillera» y mi hermano Andreu me dijo que quería decir

que nos gustaban las tortillas y yo dije que entonces sí que lo era, que era muy «tortillera» y todo el mundo se echó a reír. Nosotras también, aunque no entendíamos nada. Estábamos en el restaurante Varadero, ¿te acuerdas? Y Ángeles, la dueña, que pasaba por la mesa, nos oyó y se echó a reír también.

Antes elegías muy bien con quién abrirte, pero eso, ya lo sabes, era antes.

Aquella tarde en la que todo a mi alrededor comenzó a derrumbarse, pasamos por tu casa, como solíamos hacer después del insti, y nos preparamos un sándwich caliente de jamón york y queso para merendar. Tú no los hacías en la sandwichera, sino en la sartén, con dos dedos de mantequilla, y estaban para chuparse los dedos. Raúl, tu hermano, te insultaba diciendo que te pondrías como una foca, y tú le contestabas imitando los gritos de las focas. Y eso formaba parte del puñado de cosas que solo hacías en la intimidad, como el vídeo que te acababa de grabar y que a mí se me ocurrió enviar por mensaje privado a Rosalía, a la que yo seguía por Instagram, y, mientras tú volteabas los sándwiches, yo grité un «¡madre mía!» que te puso los pelos de punta.

—¿Qué pasa? —me preguntaste, alarmada.

Pero yo no podía separar los ojos de la pantalla, y es que no me lo podía creer. Me había contestado y había compartido tu vídeo. Yo pensaba que enviar un mensaje a un famoso era como enviar una carta a los Reyes Magos, un juego de niños y de ilusiones, nada más. Pero no: Rosalía me acababa de enviar tres emoticonos, esos con los que representamos, llorando,

que nos meamos de la risa; había publicado tu vídeo en sus stories con una dedicatoria que decía «La mejor coreo que me han hecho nunca» y esos mismos emoticonos que me había dedicado, y yo no entendía nada. ¿De verdad Rosalía miraba los mensajes que le enviaban sus seguidores? ¿Todos?

—¿Que qué cojones pasa?! —me exigiste toda acelerada y sacudiéndome el brazo. El pan comenzaba a oler a algo entre frito y quemado.

—¡Corre! —te respondí—. ¡Abre tu Insta! —añadí con un cabezazo, y me apresuré a sacar los sándwiches de la sartén, porque entonces fuiste tú la que se quedó como hipnotizada con el móvil en las manos.

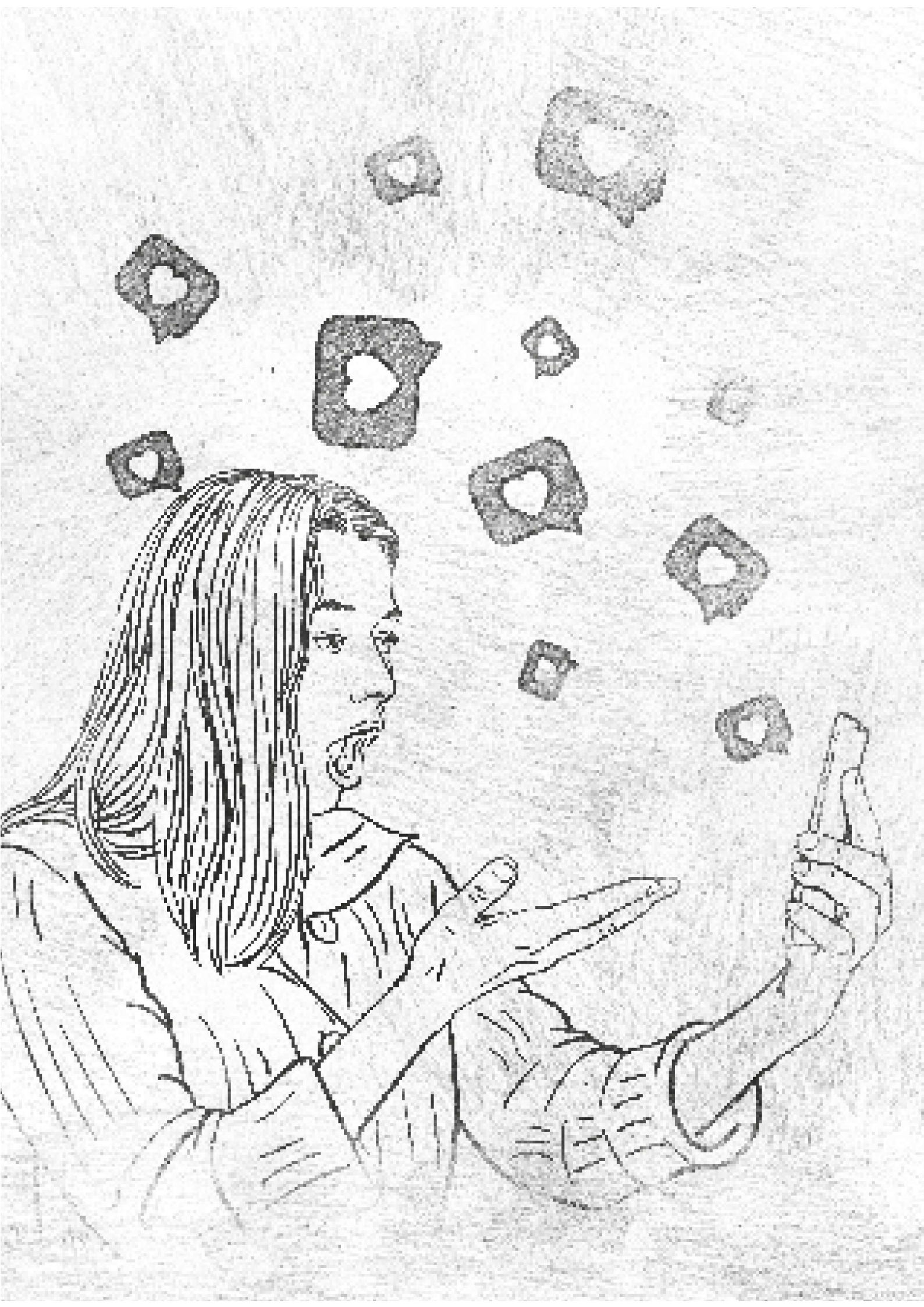
—¡Hostia! —dijiste mientras los avisos de likes y followers se disparaban como un intermitente de color rojo en tu pantalla. Llevabas ya siete mil «me gusta» y no dejaban de subir.

En aquel momento también te diste cuenta de que tenías un montón de wasaps de otros compañeros del insti que ya lo habían visto. El grupo de WhatsApp de la clase también echaba chispas.

Nos sentamos en la mesita de la cocina y Raúl entró alborotado.

—¡Eres viral! —gritó, sometido a la enfermedad que nos acababa de entrar a todos y que no nos permitía levantar la mirada dos dedos de nuestros dispositivos—. ¡Eres viral! —repitió, como si hacerlo fuera necesario para podérselo creer.

Y tú no entendías nada. Hasta se te pasó el hambre. Contestabas wasaps y enseguida volvías a mirar la pantalla, mientras los likes y los followers iban subiendo.



—Creo que es por mi culpa —dije, arrepentida, y es que pensaba que todavía eras la otra Aitana, la que se reservaba solo para los escogidos. Tú y tu hermano me mirasteis para que me explicara, y yo confesé lo de Rosalía.

—¿Te ha contestado Rosalía? —Tu hermano no entendía nada, y yo, miedosa, convencida de que te enfadarías conmigo, le dije que sí, que era culpa mía y que lo sentía. Estas últimas palabras te las dirigí a ti, pero tú, hipnotizada por la pantalla, no me escuchabas.

—¡No me lo puedo creer! —añadiste, y Raúl se comió tu sándwich, no se fuera a enfriar, se justificó.

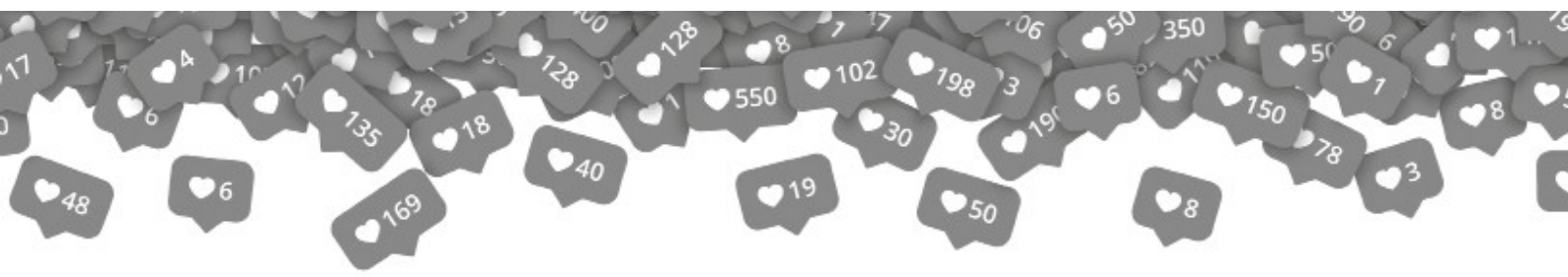
—Lo siento —repetí, llena de todos esos miedos que nos inundan cuando nos enfadamos; pero no, no estabas enfadada, alucinabas.

Cuando por fin levantaste la cara y te vi los ojos, me di cuenta: estabas exultante de felicidad como aquella vez que de pequeñas nos dijeron que íbamos todos juntos a comer al Varadero. Con tus padres y los míos. Más, mostrabas más felicidad todavía, y yo suspiré aliviada y distendida.

En aquel mismo momento fue cuando empezaste a construir la burbuja, pero, hasta que no comenzaron a saltar las alarmas en mi casa, en un momento en que te necesité tanto, no me di cuenta de que no habías dejado sitio para mí: era una burbuja a medida para que solo tú pudieras respirar.

A mí, ya lo sabes, me dejaste fuera.

Sola.



3

Aquella noche acabó con tormenta, pero fue una tormenta extraña, sin truenos ni relámpagos ni lluvia. Se había disfrazado bien, la puñetera, para no dejarse atrapar.

No podíamos dormir, ¿te acuerdas? Estábamos enganchadas a WhatsApp y a Instagram, no dejaban de entrarte likes y followers y no podíamos asimilar que todo aquello estuviera pasando de verdad.

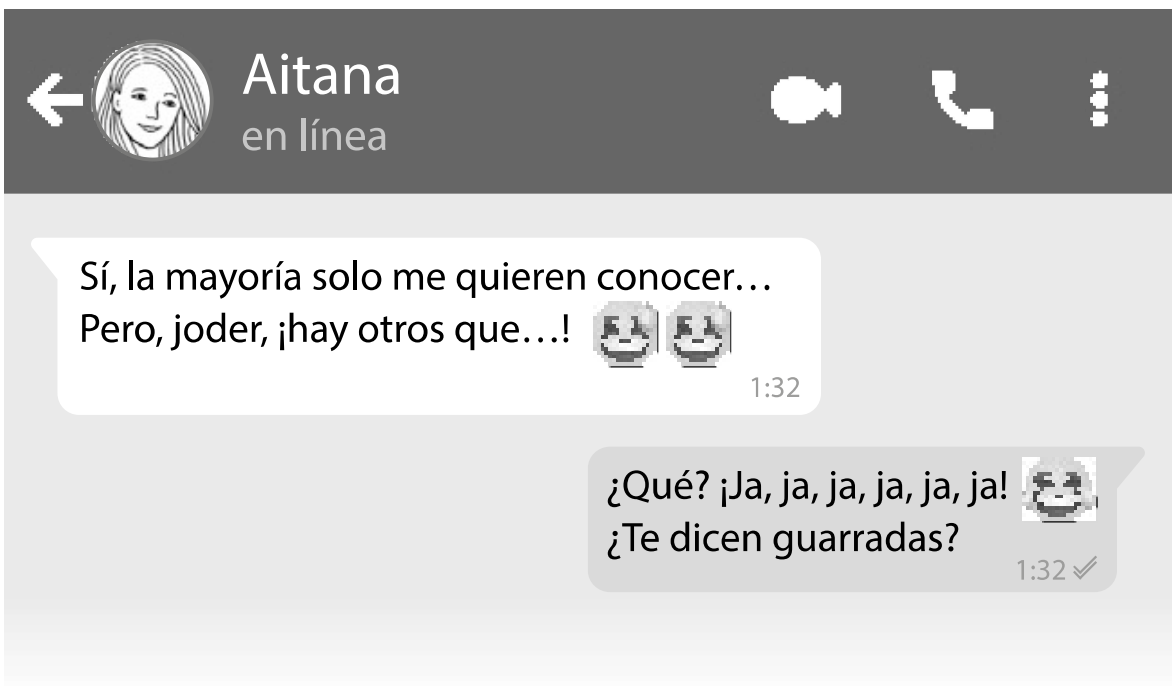
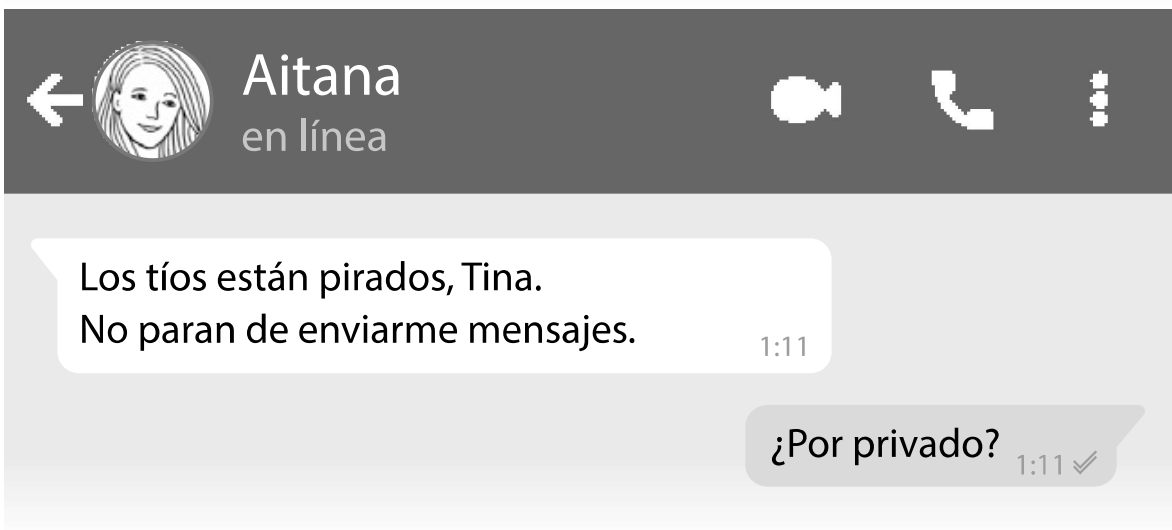
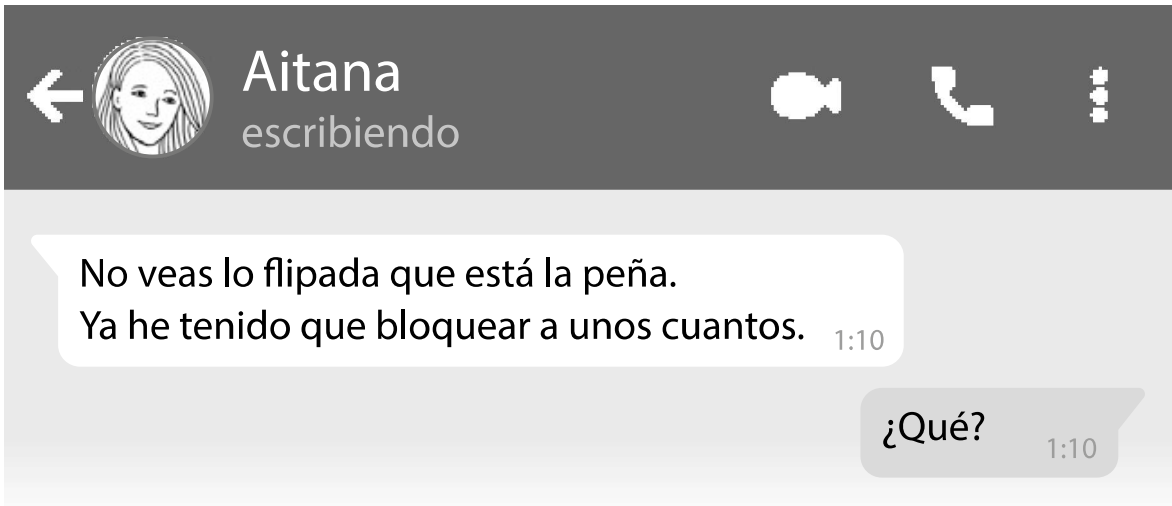
Un día oí contar a Esteve, el mejor amigo de mi padre, que había sufrido un grave accidente de coche en el que había perdido el control en la autopista, había roto la mediana y había visto claramente que iba a chocar de cara con un camión, pero que en ningún momento tuvo miedo; nos dijo que no tuvo tiempo para el miedo, que en aquellos instantes, que podrían haber sido sus últimos instantes, no se dio cuenta de la realidad, como protegido por una especie de instinto que le gritaba que aquello no estaba pasando de verdad, que era imposible que se encontrara a escasas décimas de segundo de estamparse contra un camión y perder la vida; que actuó por puro instinto porque no se lo podía creer, y que fue ese puro instinto el que le provocó el último golpe de volante para esquivar el camión

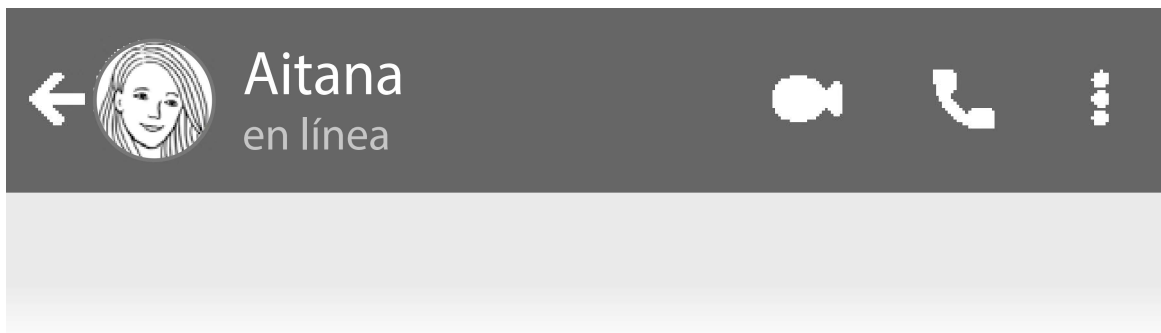
y acabar dando unas cuantas vueltas de campana en la cuneta del otro lado, destrozando el coche, pero salvándose de la muerte.

Y así nos encontrábamos tú y yo aquella noche: en aquellas décimas de segundo en que para ti y para mí no existía nada de carne y hueso.



Era más de la una de la madrugada y confieso que he mentido, que acabo de escribir que no sentí nunca celos, pero ahora me doy cuenta de que no es verdad. Era más de la una de la madrugada y siempre que habíamos compartido las horas sin sueño lo habíamos hecho desde la intimidad. Tú y yo, nadie más, hasta aquella noche en que tus ratos en línea delataban que había más gente invitada.



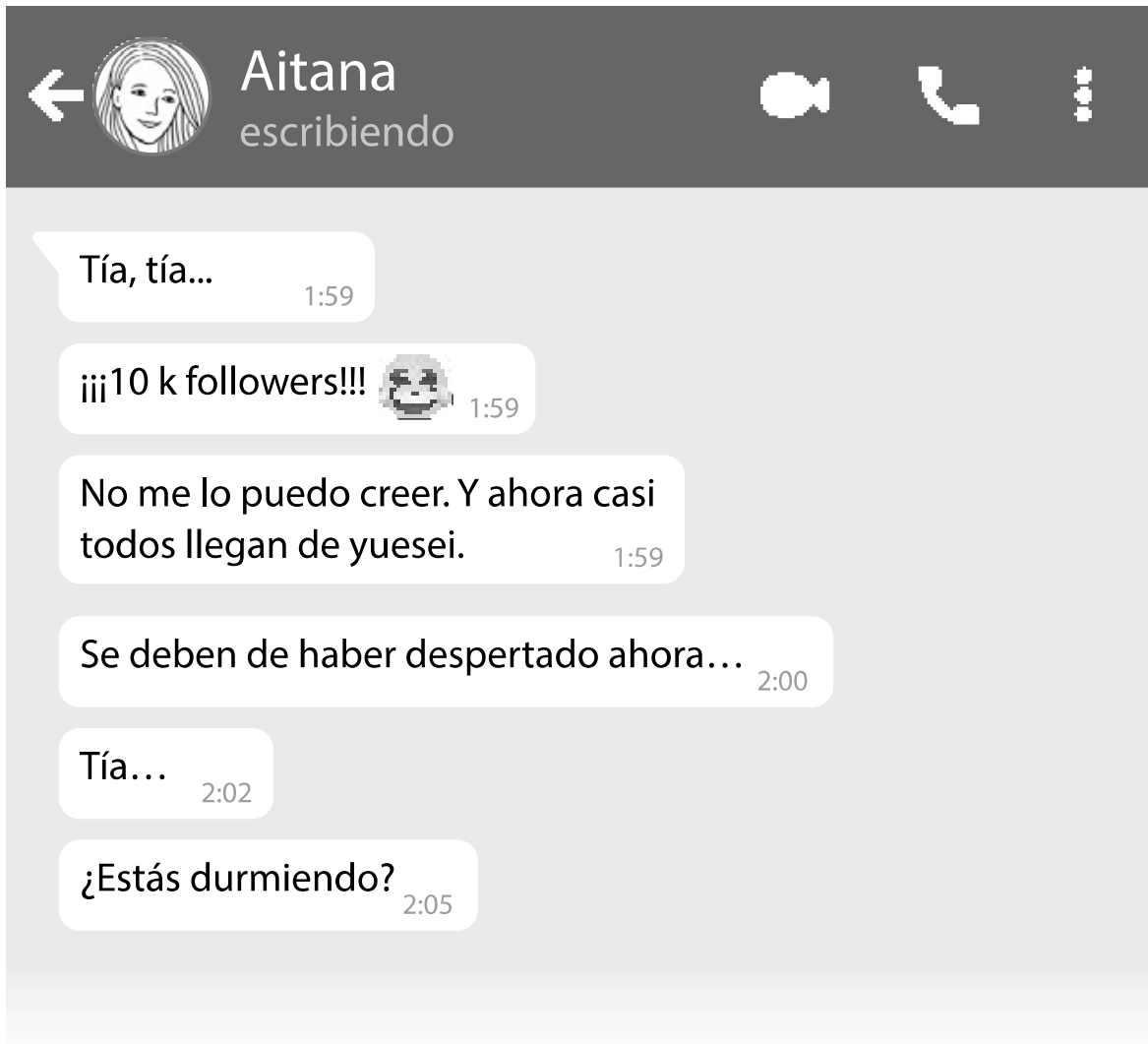


Aquel nuevo rato en espera fue más largo, y por eso me entretuve echando un vistazo al WhatsApp de clase; pero, cuando vi que había doscientos cuarenta y tres mensajes por leer, que todos hablaban de lo mismo, o sea, de ti, y que el gerundio de Aitana escribiendo delataba con quién estabas, tanto que decías que detestabas aquel grupo, pasé y volví a tu Instagram.

Tu publicación ya tenía 31 078 likes; ibas directa a los 8000 seguidores y pensé que cuando volviese a entrar seguramente ya los tendrías. Me entretuve, esperando a que me llegase el turno, curioseando tus publicaciones antiguas, aquellas con unos pocos «me gusta» que difícilmente pasaban de la veintena, y me sorprendió ver que también se estaban disparando en likes y en comentarios. Había una fotografía, en la que estábamos las dos en la playa de la Senieta tomando el sol, con 2234 «me gusta» y un montón de comentarios, dedicados a mí también. Uno me hizo gracia, sobre todo porque no estaba acostumbrada a eso: el comentario, dirigido a ti y enviado por un tal Ralph_7, decía que qué te parecería si vivieras

con él lunes, miércoles y viernes y que el resto de la semana la reservara «para tu amiga», o sea, para mí. Añadía que los fines de semana los podíamos pasar los tres juntos, y tú le habías puesto un like. Estuve tentada de intervenir con algo gracioso, pero no se me ocurría nada. Tú seguías en línea y a mí me estaba entrando sueño. Compartirte no me divertía, Aitana, no me divertía nada, y de repente una especie de rumor casi imperceptible rompió el silencio de la noche. Creí que alguien caminaba por el pasillo. ¿Tal vez Andreu iba al baño? ¿Mi padre? ¿Mi madre? Como no tenía nada mejor que hacer, porque tú seguías en línea vete a saber con quién, afiné el oído y comprendí que quien fuera procuraba no hacer ruido para no llamar la atención. Pero la puerta del baño no se abrió. En cambio, sí que me pareció que pisaba con tanta delicadeza como si los peldaños de la escalera fueran de cristal, como un fugitivo. Pero ¿y si era un ladrón?, pensé de repente; y es que no podía estar segura de si los pasos subían o bajaban las escaleras, de la misma manera que tampoco podía asegurar que el primer ruido que me había puesto alerta procediera del pasillo. ¿Y si lo que había escuchado era la puerta de entrada? Me quedé inmóvil y rígida, con la mirada enganchada a la puerta de mi habitación. Si entraban me haría la dormida y que robasen todo lo que les diera la gana. ¡Y tanto que sí!

El silencio se extendió, no me atrevía ni a respirar, cuando tu estado cambiÓ al gerundio.



No, no dormía, pero evitaba mostrar la más mínima actividad, nada que me distrajera, porque aquello, definitivamente, era muy raro. No me lo había imaginado: yo había oído perfectamente que alguien pisaba con mucho cuidado las escaleras para no ser descubierto, y esa persona no había dado más señales de vida. Cuanto más pensaba en ello, más me decidía por la primera opción, es decir, que quien fuera había salido de una habitación y había bajado las escaleras;

pero de aquello hacía mucho rato, demasiado para que quienquiera que fuera no hubiese vuelto. Por eso me armé de valor —prácticamente convencida de que no estaba en peligro, de que todo eran paranoias, de que quien rondaba en la oscuridad de la noche era de casa— y me moví, imitando aquellos movimientos que me habían alertado. A la luz de la pantalla de mi móvil, salí de mi habitación y me acerqué al hueco de las escaleras. Todo estaba a oscuras. La planta de abajo también. Quizás quien fuera se había encerrado en la cocina, pensé. Poco a poco, con los pies desnudos rozando los escalones como si fueran brasas, fui avanzando, y cuando llegué abajo la vi. Tenía la cara iluminada por el tono azulado de la pantalla de su iPhone, por eso pude reconocer a mi madre sentada en el sofá del salón. Distraída, tecleaba y sonreía. No me vio, y yo, no me preguntes por qué, reulé sin delatarme y me volví a encerrar en la habitación.

Tú seguías en línea y no te quise interrumpir, pues en el último wasap habías añadido un «buenas noches» y un beso, y, como yo no lo había abierto, que lo había leído por la previsualización, tu mensaje no se había marcado con el doble check azul y, por lo tanto, no hacía falta que te dijera nada.

Me tumbé y miré si mi madre, como tú, también estaba en línea. Eran más de las dos de la madrugada y al día siguiente se tenía que levantar temprano para ir a trabajar. ¿Con quién hablaba? ¿Qué había pasado que fuera tan interesante como para perder horas de sueño? Me quedé como congelada mirando su estado hasta que, casi a las tres, apareció la hora de su última conexión, dejé el móvil y me hice la dormida.

Un rato después se repitió el rumor que me había llamado la atención, pero en dirección contraria: abrió la puerta de su habitación y la volvió a cerrar.

Me costó dormirme. Ella parecía distraída, contenta; se reía allí abajo mientras wasapeaba; por lo tanto, no debía de haber pasado nada grave, ninguna desgracia; además, me animaba, si hubiese pasado alguna tragedia, mi padre no se habría quedado en la habitación durmiendo tan ancho. No sé cómo —pero es que no encontraba ninguna otra explicación aunque mi deducción fuese muy retorcida— empecé a creer que mi madre tenía un amante.